

VALOR DEL SISTEMA MISTICO DE SAN JUAN DE LA CRUZ

POR

P. CRISOGONO DE JESUS, CARMELITA

La impresión que nos produce el estudio de la historia de la mística tomada ésta en su sentido completo de experiencia y de sistematización, es que se halla dividida en dos mitades: una de preparación, de ensayos, de aportaciones fragmentarias; otra de perfección, de expansión y de síntesis. El punto donde convergen, o mejor dicho, el momento en que se parte esa historia es el siglo XVI, y el genio que realiza la obra es San Juan de la Cruz.

Todo era fragmentario e incipiente antes de él en ese orden de la mística. Sabido es el carácter genérico e impreciso que tiene esta ciencia en los Padres de la Iglesia. Más que tratados científicos, son exhortaciones pastorales llenas de unción lo que hallamos en sus libros. Y aún éstas tienen, como no podía ser por menos, carácter moral más que místico. Hijas del ambiente y con una finalidad práctica inmediata, a los Padres les interesaba ante todo inculcar el simple cumplimiento de la ley de Dios y la práctica esen-

cial de las virtudes cristianas a unas muchedumbres que venían del paganismo idólatrico y sensual. No estaban aún preparadas para más altas elucubraciones ni para más finos detalles. Por eso los Padres apostólicos hablan ante todo y casi exclusivamente de lo que puede estimular el cumplimiento de la ley y la práctica de la virtud en lo que tiene de oposición al pecado. Tal es el carácter de la *Epístola a los Corintios* de San Clemente Romano y los escritos de San Cipriano, Tertuliano y el mártir Metodio sobre la *virginidad*, la *limosna*, la *oración* y la *fortaleza*.

Clemente Alejandrino es quizá el primero que caracteriza y distingue dos tipos de fieles: el cristiano común, que es el que se contenta con cumplir la ley, y el gnóstico o perfecto, que se entrega a una purificación iluminativa más alta. Pero aún éste tiene todavía un carácter intelectual más que místico, como reminiscencia del concepto neoplatónico de la perfección del hombre, que está en el conocimiento más que en el amor. El gnóstico cristiano es el conocedor perfecto de Dios. Ciertamente que a ese conocimiento no llegará el alma más que por la *apatheia*, es decir, por la ecuanimidad de ánimo que produce el vencimiento de las propias pasiones. Pero no se aspira por ello a una comunicación amorosa con el Señor, sino a un mayor y más perfecto conocimiento de sus perfecciones.

Otro es el plan en que se movían los monjes de Egipto y Palestina. Entregados a un ascetismo severo y ejemplar, su vida sirvió de motivo a una serie de escritos de carácter espiritual, como la *Vita Antonii* de San Atanasio, el *Comparatio regis et monachi* y el *Contra oppugnatores vitae monasticae* del Crisóstomo, muchas cartas de San Jerónimo *Contra Virgilianum* y las *Reglas* de San Pacomio y de San Basilio en Oriente y las de San Agustín y San Benito en Occidente. Como tratadista ascético apenas encontramos más que un nombre: San Nilo (muerto hacia 43), que nos dejó un tratadito *De Oratione*.

En los siglos IV y V la ciencia espiritual recibe un notable impulso. Tres nombres se destacan en la labor: San Agustín, Casiano

y el llamado Areopagita. San Agustín, que deja en la ascética y en la mística, lo mismo que en la filosofía y en la teología cristianas, la huella de su genio; Casiano, que recoge en sus *Institutiones* las prácticas y la doctrina de los Padres del Yermo, y el Areopagita, que no sólo dará nombre a la mística Teología en su célebre tratado de ese título, sino que será el maestro indiscutible e indiscutido a todo lo largo de la Edad Media y hasta bien entrado el siglo XVI, en que le arrebató el cetro San Juan de la Cruz.

Esta preponderancia del Areopagita no responde, ciertamente, al mérito intrínseco de sus obras, sino a la supuesta personalidad del autor, tenido por discípulo inmediato del Apóstol de las Gentes. Objetivamente son muchos los libros que, ya antes del siglo XVI, superan al tratado de *Mystica Theologia*. Si se suprimen de sus páginas las disquisiciones—bien formuladas ciertamente—sobre el conocimiento negativo de Dios, que ya existían en San Agustín y en Clemente Alejandrino, y se borran las repeticiones que tanto abundan sobre unos mismos conceptos, el contenido místico de los libros areopagíticos puede encerrarse en pocas líneas: Carácter experimental e inefable de la divina contemplación, pero sin precisar su naturaleza; Dios como propio objeto de la intuición mística; la tiniebla causada en el alma por la vehemencia de esa luz divina, y la unión extática que se realiza por virtud del amor transformante. He ahí las cuatro ideas capitales y aún únicas de la mística del Areopagita. Ellas serán el centro en torno al cual girará la escondida ciencia muchos siglos, recibiendo valor e importancia de los insignes comentadores que la ilustrarán constantemente: Alberto Magno, Santo Tomás, San Buenaventura...

En la Edad Media, como exigencia del espíritu religioso que la informa, se produce una verdadera floración de la ciencia espiritual. Las *Meditationes et Orationes* de San Anselmo, a pesar de tratarse del iniciador de la Escolástica, tienen un carácter íntimamente afectivo. Sigue San Bernardo, que le supera tanto en la extensión de las materias tratadas como en el sentido experimental que en ellas se percibe. Y si sería inútil buscar en sus libros una expo-



sición sistemática de la mística, sí hallamos, a parte de abundantes normas de un excelente ascetismo, una precisión de la naturaleza y propiedades de la unión del alma con el Verbo en el sentido estrictamente místico, cosa totalmente nueva en los días en que escribía el dulce Abad de Claraval.

Haciendo coro con San Bernardo, tanto en la santidad de vida como en los documentos que de sus experiencias espirituales han llegado hasta nosotros, existe un grupo de santas mujeres alemanas, benedictinas casi todas, que llenan, aromatizándola, una de las más hermosas páginas de la historia de la espiritualidad cristiana: Santa Ildegarda, cuyas cartas, visiones y revelaciones merecieron la aprobación de San Bernardo y del Concilio de Tréveri; Santa Gertrudis, Santa Isabel de Sachonau con su *Liber viarum Dei*; su discípula Santa Matilde, de quien nos queda el *Liber grotiae specialis*; Santa Brígida, cuyas *Revelaciones* tuvieron tanta aceptación en los tiempos medios... El valor de todos estos libros es el elemento experimental que aportan y que servirá a los escolásticos para formular algunos principios de carácter general.

Entre ese misticismo experimental y el puramente especulativo existe la escuela de San Víctor, Hugo y Ricardo, los dos representantes de ella, significan el primer esfuerzo por realizar una penetración armónica entre la ciencia y la experiencia en el orden espiritual. No lo lograron cumplidamente, pero dieron un paso notable en la tarea. Sobre todo el libro *De contemplatione* de Ricardo de San Víctor es una de esas obras que marcan un nuevo jalón en la ciencia mística.

Pero la labor más completa, que ya no será superada sino por nuestros grandes maestros del siglo XVI, la realizan en el XIV los místicos flamencos y alemanes. A base de los principios teológicos de Santo Tomás y de las efusiones espirituales de San Buenaventura, que son los dos maestros de todos ellos, Eckart, Ruysbroeck, Tauler y Suso dan a las experiencias místicas un sentido tan firme y ahondan tanto, que nos hacen pensar que la ciencia espiritual está ya a punto de llegar a su máxima perfección. Es cierto que

Eckart fué tachado de panteísta por exagerar la intimidad de la unión entre el alma y Dios en el supremo grado de la mística, pero él fué el verdadero maestro de Tauler y de Ruysbroeck, cuyos libros podemos mirar como la expresión del pensamiento definitivo de aquél. Puede decirse que tratados místicos en el propio sentido de este vocablo, es decir, como exposición de un orden extraordinario de vida espiritual, no hallamos en toda la Edad Media más que éstos. Los demás autores escriben alguna página propiamente mística. Estos hicieron de esa materia el objeto fundamental, por no decir total, de sus escritos.

Ya en los umbrales del siglo XVI nos encontramos con dos escritores que parecen el tránsito de la Edad Media a la Edad Moderna: Gersón y Dionisio Cartujano. Los dos tienen el mismo carácter. Carentes de originalidad, se dedican a recoger y sistematizar las doctrinas místicas anteriores, a veces escandalizándose, como le ocurre a Gersón, de lo más puramente místico que se ha producido, como eran los libros de Ruysbroeck, a quien el Canciller de París no comprende y ataca despiadadamente.

En resumen: la mística anterior a San Juan de la Cruz tiene las características de un ciencia embrionaria, sin unidad intrínseca, sin desarrollo uniforme y completo, sin la necesaria sistematización, para encontrar alguna descripción de fenómenos propiamente místicos necesitamos leer millares de páginas, y cuando creemos haber hallado algo nos quedamos perplejos ante la imprecisión de los términos y de las descripciones, poco seguros de la naturaleza del fenómeno descrito.



Es San Juan de la Cruz el que realiza la obra genial de llevar la ciencia mística a su perfección, llenando todas las lagunas, rectificando conceptos menos exactos aunque fuesen defendidos por Doctores de la Iglesia, realizando una sistematización, no extrín-

seca y convencional, sino intrínseca, fundada en la misma entraña de la materia espiritual.

En cuatro enunciados podemos clasificar la labor realizada por el gran Doctor del Carmelo y, por lo tanto, el valor de su sistema místico:

- 1.º Precisó y organizó los elementos místicos aportados por los autores que le precedieron.
- 2.º Descubrió realidades nuevas.
- 3.º Dió unidad intrínseca y carácter totalitario a la mística,
- 4.º Hizo de ella una verdadera ciencia.

I PRECISION Y ORGANIZACIÓN.—No es posible señalar todos los puntos doctrinales que, tratados vagamente por los místicos anteriores, fueron precisados definitivamente por San Juan de la Cruz. Señalaremos algunos de los más importantes. Sea el primero el concepto de contemplación mística. Todos los autores hablan de contemplación. Ella sirve de título a numerosos tratados. Pero, ¿cuáles son los caracteres, cuáles los elementos que la integran, cuáles los grados que puede tener? Lo corriente es involucrar bajo el nombre de contemplación toda clase y especie de oración, sea discursiva o intuitiva, natural o sobrenatural, adquirida o infusa. Nadie señala los elementos precisos que la constituyen y, por lo mismo, es punto menos que imposible saber de qué especie de contemplación hablan. Sólo en algunos como Ricardo de San Víctor, quisieron establecer ya las diferencias específicas y nos hablan de contemplación por dilatación de la mente, por elevación y por alienación. Pero la luz divina que produce esas modalidades no aparece determinada aún. No sabemos si es de una misma naturaleza en todas las especies de contemplación o cambia en cada una de ellas.

San Juan de la Cruz precisará experimental y filosóficamente la naturaleza y el modo de realizarse: «Es sabiduría de Dios amorosa, en la cual sin ruido de palabras y sin ayuda de algún sentido corporal ni espiritual, como en silencio y quietud, a oscuras de to-

do lo sensitivo y natural enseña Dios ocultísima y secretísimamente al alma sin ella saber cómo, por qué esto no se hace en el entendimiento que llaman los filósofos activo, cuya obra es en las formas y fantasías y aprensiones de las potencias corporales, mas hácese en el entendimiento en cuanto posible y pasivo, el cual sin recibir las tales formas, sólo pasivamente recibe inteligencia sustancial desnuda de imagen, la cual le es dada sin ninguna obra ni oficio activo suyo». No se pueden pedir ni más detalles ni más precisos. Nadie podrá añadir nada a esa definición, a la vez esencial y descriptiva, de la infusa contemplación.

El santo Doctor sacará de ella todas las consecuencias: su inefabilidad, su carácter enteramente gratuito, la diversidad de efectos que produce según la distinta disposición del alma, y finalmente sus grados.

Otro punto en que San Juan de la Cruz precisó, mejor dicho, rectificó la doctrina de los místicos anteriores fué en la naturaleza del éxtasis. Todos le daban por la suprema expresión de la perfección y del misticismo. El extático había llegado a la cumbre de la santidad. Nada más deseable, por consiguiente, que verse favorecido con ese carisma del cielo. En cambio, San Juan de la Cruz asegura, y su demostración se ha convertido ya en un axioma, que el éxtasis, lejos de ser un signo de suma perfección, lo es de imperfección, por lo menos en el orden místico. Porque el éxtasis—viene a decir el gran doctor del Carmen—no se produce más que cuando la parte sensitiva no esta suficientemente purificada y dispuesta para recibir las divinas comunicaciones y cuando esa comunicación no es puramente espiritual. En cualquiera de los dos casos existe imperfección. Cuando el alma llega a la cumbre de la mística, como ya tiene purificada la parte sensitiva y las comunicaciones se hacen directamente al espíritu, desaparecen los éxtasis. Santa Teresa corrobora con su experiencia esta doctrina de San Juan de la Cruz.

Pero quizá el punto doctrinal común a todos los maestros espirituales que vemos más perfeccionados por el Místico Doctor es

el que se refiere a la necesidad de la total purificación del alma para llegar a la perfecta unión con Dios. Todos los místicos anteriores hablaron de ello. La labor purificativa ha sido mirada siempre como condición indispensable para conseguir la perfección. Sin embargo, ¡qué diferencia entre la doctrina de San Juan de la Cruz y la de sus predecesores! *La Subida del Monte Carmelo* establece el orden purificativo sobre bases tan sólidas, tan hondas y tan universales que los discípulos se convencen de que no se trata de unas prácticas más o menos convenientes, sino de algo absoluto, que se impone inexorablemente al que quiera llegar a la unión con Dios. Dos formas contrarias—arguye profundamente el Místico Doctor—jamás podrán hallarse juntas en un mismo sujeto; dos seres desemejantes no podrán unirse nunca, porque la semejanza es el lazo de la unión. Ahora bien; Dios y las criaturas semejantes y aun contrarios son, porque El es eterno y ellas temporales, El infinito y ellas limitadas; El lo es todo por su esencia y ellas no son nada por sí mismas. Si pues las criaturas son desemejantes a Dios y el entendimiento está informado por ellas y la voluntad, al amarlas, hecha su semejante, entendimiento y voluntad tienen forma contraria a Dios. Si dos formas contrarias no pueden caber en un sujeto, mientras el entendimiento tenga en sí ideas de criaturas y la voluntad amor de ellas, es imposible que reciban la posesión de Dios. Ésta exige por lo tanto la absoluta purificación, que es el vacío de toda cosa criada.

Nadie se había atrevido a formular de una manera tan radical este principio. Los autores se entretenían hablando de la penitencia, de la mortificación, para cuya práctica daban normas. San Juan de la Cruz piensa que hay que ir al fondo del problema y una vez establecidos esos principios que sabe ciertos, saca inexorablemente hasta la última consecuencia.

II.—DESCUBRIMIENTO DE NUEVAS REALIDADES MÍSTICAS.—Pero no sólo completó las doctrinas existentes: en sus libros hallamos toda una revelación de fenómenos místicos, que

permanecieron desconocidos para los maestros anteriores, con la consiguiente clasificación, con el análisis de su naturaleza, con la enumeración de sus propiedades y de sus efectos, cosa en que San Juan de la Cruz es maestro.

Señalemos como la más destacada aportación y la más característica su doctrina de las *Noches pasivas*. Es un mundo enteramente nuevo. Nadie había señalado los linderos de esa región de sombras purificadoras. El que más se acercó, Tauler, nos habla de ello como de una sospecha o de una vislumbre que se percibe en lontananza. San Juan de la Cruz describe estos estados místicos con la seguridad y la minuciosidad del que los ha recorrido y está viendo cómo otras almas pasan también, por ellos. Quizá porque sabe que es materia completamente virgen, el santo Doctor se entretiene en fijar bien la naturaleza de los elementos que intervienen, el tiempo que duran las *Noches* del alma, los terribles efectos dolorosos que producen, los dos períodos que comprenden, hasta el número de los que suelen entrar en una u otra purificación. No es ningún género de exageración decir que aunque San Juan de la Cruz no hubiese escrito más que *La Noche oscura* merecería estar entre los Doctores de la Iglesia. La originalidad y la importancia de la doctrina contenida en ese libro sería mérito sobrado para ello.

Otro punto original importantísimo de su sistema es la doctrina sobre las virtudes teologales como medios únicos de la unión del alma con Dios. Creemos que es la doctrina de más amplias aplicaciones y que más vale en el sistema del sublime Maestro. Es también a la que él da más importancia. Con ella no sólo se oponía a la escuela mística alemana del siglo XIV que parecía prescindir de las virtudes teologales para aspirar a una unión inmediata con la Divinidad, sino que mataba en su origen aquel iluminismo sensiblero que tanto daba que hacer a la Inquisición española en los mismos días en que el Santo Doctor redactaba sus libros.

El argumento en que el santo funda su doctrina no puede ser más firme e incontestable: Todo medio próximo ha de tener relación esencial con su fin. Por lo tanto, lo que sirva de medio de

unión a Dios ha de tener relación esencial con Él. Ahora bien—continúa el Místico Doctor—; lo único que dice relación esencial a Dios son las virtudes teologales, porque sólo ellas dan y ofrecen al mismo Dios: la fe al entendimiento, la esperanza a la memoria y la caridad a la voluntad. Todo lo demás: virtudes marales, dones del Espíritu Santo, actos particulares del alma, no tiene más que una imperfecta semejanza del ser divino. Por eso sólo las virtudes teologales son absolutamente necesarias para llegar a esa divina unión.

Consecuencia de esto es su original doctrina acerca de las visiones, revelaciones y comunicaciones extraordinarias. Un misticismo iluminista había dado a todas estas manifestaciones una importancia definitiva en la vida espiritual. Las almas estaban anhelantes de recibir estos regalos del cielo, pensando que eran no sólo el medio más fácil para llegar a la perfección, sino el signo de esa perfección ya lograda. ¡Con qué energía se levanta San Juan de la Cruz contra esta actitud! Lejos de poner al alma en gana de esas comunicaciones maravillosas, las desautoriza como medio para la unión divina, hasta llegar a señalarlas como un posible obstáculo, sobre todo si el alma pone en ellas una confianza excesiva. Todas esas manifestaciones—viene a decir el santo—no son más que semejanzas lejanas e imperfectas de Dios, como criaturas que son; por lo tanto no le pueden servir al hombre de medio próximo para llegar a Dios. Hay, pues, que desentenderse de ellas si el alma quiere conseguir la unión divina.

El Místico Doctor señala, a la vez, los inconvenientes que se siguen de poner en estas cosas extraordinarias la afición; porque son un peligro para la pureza de la fe, ya que ésta es opuesta a toda visión, y un obstáculo para la caridad desinteresada, porque el alma termina por no querer a Dios más que por el gusto de esas regaladas comunicaciones. Y al santo no le tiembla la mano al escribir estas enérgicas palabras: «El alma pura, cauta, sencilla y humilde, con tanta fuerza y cuidado ha de resistir las revelaciones y otras visiones, como las muy peligrosas tentaciones; porque no

hay necesidad de quererlas sino de no quererlas para ir a la unión de amor». Y hasta llega a asegurar que el alma que las desee y el director que se lo consienta pecan venialmente por lo menos.

Nadie se había atrevido a formular esta doctrina. Pero San Juan de la Cruz que está seguro de los principios en que la funda, la establece con la misma seguridad con que se afirma una verdad axiomática. Y ¡qué efectos tan excelentes produjo con ella en la espiritualidad cristiana! No se ha asestado golpe más duro al iluminismo y al misticismo sensiblero, que no se alimentaba más que de esas sabrosas y regaladas comunicaciones, olvidándose de la práctica de las virtudes.

Sobre estos puntos generales de doctrina, hallamos en San Juan de la Cruz numerosas aportaciones originales, tanto en la descripción de fenómenos místicos ignorados antes como en la clasificación de los grados de la contemplación o en los efectos corporales y espirituales que las divinas comunicaciones causan en el sujeto que las recibe.

III.—DIO UNIDAD INTRINSECA A LA CIENCIA ESPIRITUAL.—La mística había tenido dos métodos de exposición totalmente distintos: uno, descriptivo; otro, de sistematización. El primero fué el usado por los místicos experimentales, que se limitaron a referir lo que habían sentido en la intimidad de su conciencia puesta en contacto con la divinidad. Sin preocuparse de la naturaleza ni de las relaciones de causalidad y dependencia que pudieran existir entre los fenómenos por ellos experimentados, su labor se redujo a contar la propia experiencia, sin dar ilación alguna intrínseca a los hechos descritos. A lo más se les ordenaba cronológicamente. El segundo método, el de sistematización, fué el de los tratadistas. Desconocedores de los fenómenos en sí mismos y sin otra base para sus clasificaciones que lo que los místicos experimentales referían, esa sistematización tenía que ser, por fuerza, puramente externa y convencional. El orden cronológico se convertía en una especie de encasillamiento, a veces arbitrario, en

el cual se iban colocando los fenómenos místicos según la mentalidad del tratadista.

San Juan de la Cruz, místico experimental y doctrinal a la vez, estaba en condiciones excepcionalmente favorables para realizar esa labor, para la cual no bastaban ni la ciencia ni la experiencia poseídas aisladamente. Por su condición de místico experimental, tenía conciencia directa de lo que eran los fenómenos. No necesitaba recurrir al testimonio ajeno, que en este caso no basta para determinar la causa y naturaleza del fenómeno. Como místico doctrinal podía, por su conciencia refleja, aplicando sus conocimientos científicos al hecho experimentado en su propio espíritu, conocer los elementos que intervenían en él y deducir su íntima constitución. Es decir, que en funciones de místico experimental y doctrinal percibía la existencia y la naturaleza del fenómeno y, por lo tanto, podía clasificarlo no externa y provisionalmente sino de una manera esencial, por los principios causales, que era dar unión intrínseca a la ciencia espiritual.

Así le vemos desarrollar toda su doctrina a base de unos principios, que establecidos al comienzo de su obra, en las primeras páginas de la *Subida del Monte Carmelo*, acompañan la ascensión del alma hasta que llega a la cumbre. No hay solución de continuidad. Es un desarrollo vital, que no tiene ni admite interrupción. Una idea genial del santo Doctor hace que esta unidad de la mística tanto en el terreno científico como en el experimental adquiera su máxima expresión: el hacer de la luz divina la causa de todos los fenómenos. Sean éstos purificativos, iluminativos o unitivos, todos son provocados según San Juan de la Cruz por la misma causa inicial: la luz infusa. La diversidad de los efectos responde a la diversa disposición con que la recibe el sujeto. La luz divina hace en el alma lo que el fuego en el leño; el fuego es el que le seca, el que le pone negro al principio, el que le transforma al fin en llama. Eso hace la luz de la divina contemplación en el espíritu; primero le purifica atormentándole; más tarde lo clarifica iluminándole; al fin lo deja transformado en sí misma.

Esta unidad hace que su mística tenga un carácter totalitario. Porque explicados los fenómenos místicos por su principio intrínseco, como éste influye en todo el hombre, puesto que actúa directamente sobre la inteligencia que es el centro de toda actividad humana, todo el hombre tiene que ser abarcado por esa doctrina. Nada queda fuera de ella. Otros místicos se preocuparon de purificar el corazón, como los de la escuela afectiva; los hubo que dieron su preferencia a la inteligencia, como los de la escuela intelectual, San Juan de la Cruz lo abarca todo con el mismo interés y por la misma razón. Todo entra en su sistema; el sentido y el espíritu; la razón y la voluntad; las pasiones y los recuerdos. El no admite purificación parcial del hombre, como luego no admitirá iluminación ni unión fraccionarias. Basta un apetito desordenado para que no se realice la unión con Dios; una idea de cosa particular para que el alma no llegue a la pureza de la fe; basta un recuerdo para que no tenga esperanza perfecta. No admite más que *nadas* y el *todo*. Son dos términos que se corresponden; las *nadas* en la purificación, como condición necesaria para llegar al *todo* en la unión, que es la posesión de Dios.

Este carácter totalitario que San Juan de la Cruz dió a la mística no se refiere sólo al orden subjetivo. Hubiera sido un absurdo de carácter idealista. El orden subjetivo no tiene cabal explicación sino con relación al orden objetivo. El hombre, aunque se trate del orden espiritual, no puede prescindir del mundo externo, y por muy lejos que quiera llevar su aislamiento, siempre vivirá de lo de fuera tanto como de lo de dentro. Por eso San Juan de la Cruz, lejos de desentenderse de ese mundo objetivo, le hace servir de medio remoto a las ascensiones del alma. Una vez purificada ésta, la empuja para que se acerque a las criaturas a beber en ellas noticias del amado. Y todas las cosas le dicen algo. El mundo inanimado lo mismo que el animado, el visible lo mismo que el invisible, el natural lo mismo que el sobrenatural, los ángeles y los hombres: todo lo creado entra en este concierto maravilloso dan-

do cada criatura su voz de alabanza de Dios según la excelencia del ser que el Señor les diera.

IV.—DIO CARACTER CIENTIFICO A LA MISTICA.—Casi no es más que una consecuencia de lo anterior. Porque esa unidad intrínseca no puede realizarse más que estableciendo y organizando la mística a base de una demostración perfecta por principios, con la consiguiente serie de deducciones. En oposición al método puramente descriptivo, que se limita a narrar los hechos místicos, sin preocuparse de su naturaleza, San Juan de la Cruz insiste ante todo en fijar las causas, el proceso, los efectos y las posibles modalidades de esos fenómenos, empleando un método demostrativo que nos hace llegar hasta la íntima naturaleza de las realidades místicas descritas. Nunca se satisface con señalar el hecho; tiene que añadir indefectiblemente la explicación causal del mismo.

Así le vemos demostrar filosóficamente la necesidad de la total purificación de los apetitos para llegar a la divina unión; porque las virtudes teologales son el único medio próximo de esa misma unión; los efectos que en el cuerpo o parte sensitiva producen las divinas comunicaciones; hasta lo poco razonable que es querer cosas sobrenaturales por vía sobrenatural.

Señalemos, especialmente, algunos puntos en que se advierte el contraste de este carácter científico de su doctrina con el método puramente descriptivo de otros autores. Santa Teresa, la más perfecta expresión del místico experimental ajeno a todo alarde científico, nos habla de la inefabilidad de la pura contemplación. El alma, nos dice, no acierta a explicar lo que allí ve y entiende. Pero la santa escritora no dice por qué. En cambio, San Juan de la Cruz explicará científicamente ese carácter de inefabilidad que tiene la contemplación mística perfecta. Nos dirá que es porque las palabras responden a semejanzas o especies que existen en la fantasía, y por lo tanto, cuando no existan estas imágenes, aunque el entendimiento reciba ideas clarísimas y las entienda, el hombre

no podrá expresarlas si esas ideas no tienen una semejanza en la imaginación o fantasía. Ahora bien; en la contemplación pura, que es la que se realiza por infusión de ideas en el entendimiento, sin que pasen por los sentidos ni exteriores ni interiores, no existe en la imaginación semejanza alguna de las ideas recibidas. Por consiguiente es imposible expresar con palabras lo que en esa divina y perfecta contemplación se ha entendido. No puede darse más acabada demostración de la inefabilidad de la contemplación mística.

Otro tanto hay que decir sobre la desaparición del éxtasis en los últimos grados de la unión transformante. Observa Santa Teresa que al llegar a las *séptimas Moradas* desaparecen los éxtasis, siendo así que han abundado hasta ese momento. La santa no sabe explicar por qué. San Juan de la Cruz dará, como siempre, la razón filosófica de ese fenómeno místico. El éxtasis—le hemos oído decir—se produce cuando la divina comunicación es lo suficientemente fuerte para suspender las potencias del alma y no existiendo en los sentidos la necesaria independencia con relación a éstas, sufren ellos también una suspensión. Es decir que el éxtasis es efecto, a la vez, de la intensidad de la divina comunión y de la falta de preparación de la parte sensitiva. Por consiguiente,—viene a decir San Juan de la Cruz—cuando exista esa preparación de la parte sensitiva, preparación que se logra en las purificaciones pasivas, mediante las cuales el sentido se fortalece y el espíritu se independiza del sentido en el recibir las divinas comunicaciones, el éxtasis no podrá producirse. Es el caso del alma que ha llegado a los últimos grados de perfección. Dios se comunica ya directamente al espíritu. El sentido, por otra parte, está lo suficientemente purificado para que no se inmute al estremecimiento de la divina comunicación, y ésta se da serenamente, en admirable sosiego de las dos partes constitutivas del hombre.

Fácil sería seguir enhilando cuestiones doctrinales en que San Juan de la Cruz se nos revela como el gran filósofo del misticismo cristiano. Pero lo expuesto basta, como muestra, para hacerse una idea del valor de su doctrina. La mística, que era considerada co-

mo una simple manifestación de devoción más o menos exaltada, pasó a ser en sus manos una ciencia, la cúpula de todas ellas, ya que de todas se sirve y todas son necesarias para llegar a esa mística totalitaria de San Juan de la Cruz.

Y para que no faltase nada a su mérito, encontramos la mística hermanada también con la más alta poesía. Diríase que todo se ha dado cita en los libros y en el espíritu de San Juan de la Cruz; la ciencia y el arte, los encantos de la bella naturaleza, que habla en todas las páginas de sus libros y en todos los versos de sus maravillosas poesías, y los sublimes misterios del orden de la gracia, convertido en luces de cielo y en sonidos de voces angélicas que cantan la hermosura de los místicos esposos del *Cántico espiritual*.